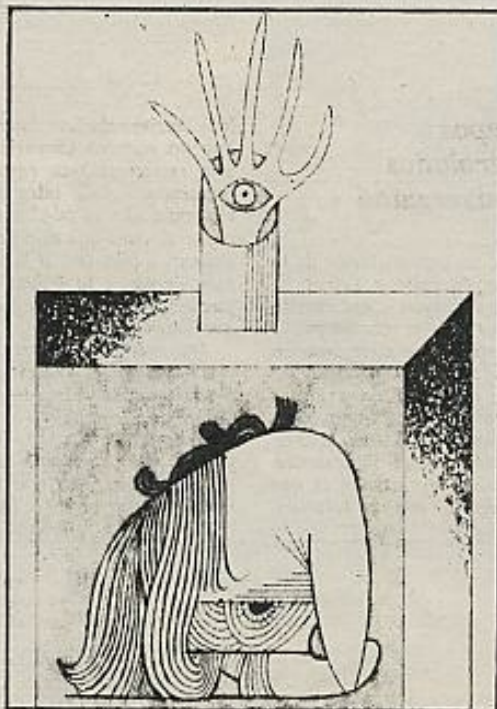


LIBROS

Antonin Artaud, sufrimiento y demencia

Hay personajes molestos. Personajes que ya tradicionalmente son un ataque a esas seguridades mínimas del hombre de la calle, hasta de los más progres. Personajes agresión, personajes bomba. Preguntas insaciables, infatigables ataques permanentes para destruir aquellas zonas de la personalidad que, por inconscientes —no sé si decir felizmente—, escapan al dominio de las ideologías, para pasar a ser el fundamento y base más profunda de lo que denominamos sentido común. Me refiero a esa conciencia "a priori" de que el suelo es fundamentalmente sólido, de que amanecerá mañana y de que nosotros, los cuerdos, estamos realmente cuerdos.

Ellos están locos. Antonin Artaud es uno de ellos. La palabra tradicionalmente tiene dos fillos: por una parte alude a la dificultad de penetración de estos agentes subversivos de la inseguridad radical: conocidos, divulgados, empaquetados y listos para la buena digestión, han perdido su carácter terrible y maldito. Más, cuando están muertos. Es decir, cuando no molestan físicamente. Hace falta una inocencia o una curiosidad muy especial, muy insólita, para dejarse atacar por estas tradiciones. Al fin y al cabo, *El Pesa Nervios* (1) es, ya, literatura. Servidumbres y glorias del exorcismo y la auto-defensa social. Pero su otro filo alude a esa tradición temible, espantosa, a esa raza de endemoniados que de tanto en tanto deciden triturar los cimientos de su mundo. La sospechosa repetición de estos personajes torturados y dudosos, la sospechosa persistencia de esa degenerada línea fronteriza que suponen los manicomios, y la misma palabra loco, añade, y no hace falta ser especialmente perspicaz para leerla, una pregunta ingenua, derecha al interior de la persona, a



Antonio Artaud, según Vázquez de Sola.

ese oculto lugar donde la historia, el mundo natural y nosotros mismos nos preguntamos si.

Estas son, creo, bastantes razones para acompañar, aunque sea cargados con todos nuestros escudos, a ese pobre loco, Antonin Artaud, por ese viaje que es *El Pesa Nervios*. Un viaje —conviene advertirlo, y el propio Artaud lo hace— que no enseñará otros paisajes que los de su alma torturada. Que no tiene más final que el del abismo o, mejor aún, el de la propia inmersión, por semejanzas, en la íntima experiencia del lector. "Donde los otros proponen obras —dice Artaud— yo no pretendo más que mostrar mi espíritu". Y luego: "Me reconozco tanto en una carta escrita para explicar el estrechamiento íntimo de mi ser y la insensata castración de mi vida, como en un ensayo exterior a mí, que surge como un engendro indiferente de mi espíritu".

"Mostrar mi espíritu": A mi modo de ver, Artaud muestra, en realidad, una persecución. El espíritu, tal como aparece en el *pesanervios*, es otra pregunta más, la más importante, que se revela allí donde la turbia conciencia ve esfumarse la unidad personal en el seno de lo múltiple. Allí donde hasta el cuerpo pierde pie y materialidad, y el sujeto del sueño pierde conciencia de que es un todo, para ir sintiendo los miembros independientes, alucinados, y las células, los procesos biológicos, con independencia. La misma pelea por conseguir la coherencia del pensamiento uno, al tiempo que

se afirma la multiplicidad de las máscaras. La lucha irracional por la razón.

Porque Artaud, tan disperso, tan excesivo siempre, y sobre todo tan contrarracional, está atrapado por la necesidad de la razón y, al mismo tiempo, por la de su asalto: por la fundamental insuficiencia del pensamiento, por la escasa validez del sentido común. Y por esa experiencia disolvente en la que juegan los elementos más dispares, sin descanso: un amor estremecido, arrollador, demasiado. Una sociedad imponente aunque despreciable. Y las leyes. Y el dolor físico esa autodefinition, ese camino casi único hacia la identidad.

Y los viajes del opio, que ayudan a disolver el yo en mil partes, y, oscuramente, a encontrar al fin su unidad.

La angustia de todo esto, la angustia que es hija de la contradicción y la duplicidad, es el resultado, el eterno compañero de viaje. Angustia es el protagonista del libro y, es de temer, la condición misma de Artaud. Poemas, proyectos teatrales, cartas sadomasoquistas, presuntos artículos muestran la fragmentación de esta angustia que sofoca y vuelve asfixiante la lógica misma de la frase. Fragmentos, pues, para mostrar la irremediable tortura de un espíritu en continua vivisección. Dijo Susan Sontag que Artaud estudia al colmo el sufrimiento humano. Y Marcos Ricardo Barnatán, el traductor, advierte en el prólogo: "Su auténtica labor en-

tre los hombres fue la de explorarse a sí mismo, una aterradora, obsesiva e implacable búsqueda de la verdad intrínseca que le llevó a los estados más calamitosos de abandono vital, de debilidad y autodestrucción".

Les hablo aquí, pues, desde dos realidades que hubieran reventado a Artaud, el loco. Una, la traducción. En el acto de ser traducido, hay un reconocimiento de lo literario que hay en el texto. Es cuando todo escrito se vuelve ficción un poco. En este caso, el traductor ha conseguido los equivalentes poéticos de ese francés abrupto y terrible del autor. Ha conseguido transmitirnos la vibración del lenguaje, su áspere confusión surrealista, la subyacente coherencia.

Y en cuanto a la segunda realidad, la crítica, esta crítica, ya lo dice Artaud: "Vamos, dentro de diez años seré comprendido por los que harán lo que ustedes hoy hacen. Entonces conocerán mis géiseres, verán mis heladas, habrán aprendido a desnaturalizar mis venenos, revelarán mis juegos de alma". "Entonces todo eso parecerá bien, y yo no tendré necesidad de hablar".

Lo siento. ■ ROSA MARIA PEREDA.

(1) Antonin Artaud: *El Pesa Nervios*. (Traducción de Marcos Ricardo Barnatán.) Ed. Visor. Madrid, 1976.

Nombela, jornalero de las letras

Hay que perdonar a los viejos que conmemoren sus buenos o malos tiempos, como a los desdichados que cuenten sus desdichas. Con esta confesión liminar Santos Justo, más conocido por Julio Nombela, preparaba al lector de sus memorias, en 1909, reeditadas ahora por Tebas con prólogo de Jorge Campos.

Campos llama, y llama bien, a Nombela "jornalero de las letras". Obrero de la pluma, le llamó Azorín. Y, desde luego, sus memorias ("Impresiones y recuerdos") justifican el calificativo. Si larga fue su vida (1836-1919) sus memorias parecen serlo más, pues superan las mil páginas. Ciertamente mucho tenía que contar quien empezó la vida siendo discípulo de un futuro presidente de la Primera República, Salmerón, y se acercaba a su final cuando ya escribían Luis Araquistáin o Alberto